



PROCESO SOCIAL DE CAMBIO

## LOS JÓVENES ADULTOS: UN SÍNTOMA DE ESTOS TIEMPOS

**Por**  
**Marcelo Urresti**

Sociólogo, docente de Sociología de la Cultura, en la Facultad de Ciencias Sociales, investigador del Instituto Gino Germani, director del Proyecto UBACyT “Mediamorfosis de las culturas juveniles”.

En las últimas dos décadas ha proliferado un segmento poblacional que antes no existía, el de los adolescentes tardíos, los jóvenes adultos o la cuarta edad. Cada uno se inserta entre los grupos de edad tradicionales y reconocidos, haciendo de los cursos de vida un conjunto en ebullición, con redefiniciones muy marcadas. Se trata de un segmento que, por arriba de los 30 años e incluso más, se mantiene con un estilo de vida juvenil, sin asumir las obligaciones que habitualmente corresponden a un adulto. Esta emergencia de los jóvenes adultos se vincula finalmente con otro fenómeno importante de las sociedades actuales: el proceso de juvenilización.

En el siguiente artículo se presentan a grandes trazos dos cuestiones centrales que afectan a la constitución de los grupos de edad en las sociedades contemporáneas. Se trata de un proceso social de cambio en las condiciones y estilos de vida que influye primero en el pasaje de la juventud a la adultez y, segundo, en la configuración de un tipo de adulto que se aleja del modelo tradicional. Ambas tendencias se relacionan muy fuertemente entre sí e iluminan aspectos centrales de las transformaciones sociales en curso, donde se registra una alteración en las convenciones éticas y estéticas de una población adulta que se orienta hacia nuevas búsquedas y prioridades.

Estas transformaciones tienen origen en los países centrales y comienzan a difundirse por el resto del mundo siguiendo un patrón común: empiezan en los grandes centros urbanos de los países centrales y se extienden hacia las grandes metrópolis de los países periféricos. Esta difusión se hace cada vez más veloz a medida que el mundo se integra por las comunicaciones y la información, la circulación de los productos de la industria cultural y los flujos económicos, turísticos y migratorios, factores que facilitan la movilidad de mensajes, bienes y personas en todas las direcciones y sentidos geográficos imaginables. Esa movilidad e interconexión creciente estimula la adopción de un estilo de vida similar al de los países centrales, avanzados largamente ya en este proceso de juvenilización de la sociedad que afecta la entrada de los jóvenes en la vida adulta.

juventud



1. Dentro del complejo panorama que presentan las sociedades contemporáneas, uno de sus aspectos más novedosos es la aparición de nuevos grupos de edad vinculados con una revolución en los estilos de vida. Estas transformaciones se producen simultáneamente a partir de fuerzas comunes, por lo que conviven en el tiempo y se refuerzan entre sí. Se trata de una explosión de tendencias que 30 años atrás se encontraban en germen,



en grupos minoritarios y vanguardistas, hoy extendida con mayor amplitud y capacidad de implicación colectiva. Los grupos de edad proliferan entre los cursos de vida de una población que en términos generales vive cada vez más tiempo, adquiere un bienestar económico más amplio y goza de mejores condiciones de salud.

El resultado de estas tendencias es doble: por un lado, los cursos de vida se estiran cada vez más para una porción significativamente mayor de personas, lo que implica un decidido crecimiento de las expectativas de vida, algo que se registra en el plano objetivo de los años que se viven

y de la población que accede a ese beneficio.[1]

Pero, por otro lado, comienza a hacerse visible una presión sobre la calidad de vida, una reivindicación que viene asociada con el aumento de la duración de la vida pero que pugna en un sentido distinto: no se trata sólo de vivir más sino de vivir mejor.

Este imperativo se impone sobre la medicina primero, y se extiende luego por una serie de disciplinas y prácticas terapéuticas que inciden sobre el cuerpo y, con el tiempo, incluso en los ámbitos laborales donde se adopta la idea de que el empleado que vive mejor, rinde más eficazmente.

Ese vivir mejor está rodeado de componentes subjetivos, más difíciles de medir y registrar que los años de vida, que se pueden englobar en la categoría “estilos de vida” y se relaciona directamente con las prácticas que realizan los sujetos en su vida cotidiana con el fin de optimizar su salud y sus estados de bienestar. Estas prácticas tienen lugar en el escenario fijado por las grandes transformaciones sociales que mencionamos al principio y se orientan hacia marcos valorativos que se internan en una cultura más individualista y hedonista.[2]

En el contexto de estos cursos de vida inusualmente acrecentados proliferan grupos de edad que hace veinte años no existían como es el caso de los adolescentes tardíos, los jóvenes adultos o la cuarta edad, segmentos todos ellos que amplían y diversifican a los grupos de edad preexistentes. Cada uno de estos segmentos se inserta entre los grupos de edad tradicionales y reconocidos, haciendo de los cursos de vida normales un conjunto en ebullición, con redefiniciones muy marcadas cuyas consecuencias -por recientes y contemporáneas- son aún inciertas incluso para los análisis más inquietos.

2. Entre esos grupos se destacan los jóvenes adultos. Ahora bien, ¿qué es y de dónde surge este segmento de la población que gana en definición y presencia? En principio es un fenómeno de los países centrales que logran un alto nivel de bienestar económico y pueden mantener a



personas de edad adulta dentro de las coordenadas del estilo de vida típicamente juvenil. Decimos personas de edad adulta no por la edad en sí, sino porque en otros períodos históricos nadie hubiera dudado en clasificarlos como adultos. Nos referimos entonces al segmento que, por arriba de los 30 años e incluso más, se mantiene con un estilo de vida juvenil, sin asumir en primera persona las obligaciones que comúnmente pesan sobre una persona adulta. Este fenómeno, como indicamos previamente, se expande con el tiempo por todas las grandes ciudades del mundo.

Se trata entonces de una población que por la edad es adulta, pero no por su estilo de vida. Los jóvenes adultos son el síntoma de una época en la que la vida es más larga y confortable que años atrás, con lo cual se dilatan los segmentos que la componen, entre ellos, la juventud, y una serie de instancias que antes se presentaban como concluyentes trayectos de pasaje, el trabajo definitivo, la casa propia, la familia y eventualmente los hijos se manifiestan hoy como zonas de impasse donde la población se estaciona y espera, va y viene, pero también puede volver, lo que configura un tipo de transición a la adultez mucho más lenta y accidentada.

La típica transición juvenil de las sociedades modernas consiste en el tránsito por cinco vías que a medida que se avanza en la vida se consolidan como definitivas. Así se pasa del estudio al trabajo, de la dependencia económica familiar a la independencia económica, del hogar de los padres al hogar propio, de una conformación afectiva experimental a una pareja definitiva y, finalmente, de ocupar el lugar de hijos a ocupar el lugar de padres. Esas transiciones, a medida que se completan, evidencian la emergencia de un adulto y la extinción de la juventud, al menos, como categoría de reconocimiento social.

3. A pesar de ello, en nuestros días, no es improbable que esas transiciones hacia la adultez tengan caminos de retorno, inestabilidad y hasta incluso etapas que nunca se consuman: un joven puede concluir sus estudios

exitosamente, iniciar una carrera profesional y comenzar a notar que le interesan otras cosas, volviendo a estudiar y dejando su trabajo. También puede suceder que un chico que haya logrado establecer su vivienda propia pierda su trabajo y se vuelva a vivir a la casa de sus padres. Por último, puede suceder que haya jóvenes que no terminen de salir de la experimentación afectiva y tengan serias dificultades para constituir lazos de pareja duraderos y estables. Con ejemplos como estos se puede formar una idea del contexto actual en el que la juventud se extiende y da origen a estos jóvenes adultos que se convierten con el tiempo en un sector cada vez más amplio de la población en transición hacia la adultez, adultez que por cierto se va corriendo hacia edades mayores.

Este fenómeno se explica por la concurrencia de factores objetivos en proceso de consolidación: tanto el sistema educativo como el mercado de trabajo y el mercado de la vivienda aportan elementos para explicar las condiciones de vida de esta población.

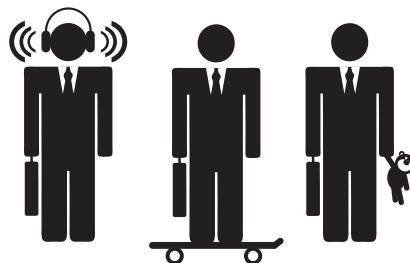
En el campo de la educación superior, y en comparación con tiempos anteriores, los estudios terciarios y universitarios involucran a un número mayor de la población [3], lo que se refleja en una matrícula que aumenta año a año con un número de egresados que, como consecuencia de ello, también crece [4] con un saldo de población con estudios superiores cada vez más alto.[5] Ese conjunto de graduados universitarios cada vez mayor comienza a nutrir la matrícula del cuarto nivel compuesto por especializaciones, maestrías y doctorados cuya oferta se incrementa notoriamente en los últimos diez años. [6] Este cuarto nivel educativo también registra un aumento sostenido en el número de sus estudiantes.[7] Estos datos demuestran que un sector cada vez mayor de la población permanece por más tiempo en el sistema educativo.

Un segundo factor objetivo de peso en esta transformación es que el mercado laboral no ofrece una salida rápida hacia “empleos decentes”, esto es, en relación de dependencia, con contratos a tiempo indeterminado, formales y con protección jurídica adecuada. Este factor puede incidir

juventud







en el anterior: una escasa oferta de buenos empleos para la población que ha logrado las mejores capacidades y titulaciones puede contribuir a una permanencia mayor en el sistema educativo.

En la Argentina, los empleos iniciales de los jóvenes se caracterizan por la precariedad jurídica, el medio tiempo y la alta rotación, lo que no permite seguridad en términos de remuneración ni cálculos razonables para el mediano plazo.<sup>[8]</sup> Los empleos precarios son el destino de los jóvenes de menor edad, situación que se mantiene constante incluso cuando la economía crece y se desarrolla, como ha sucedido en nuestro país en la última década.<sup>[9]</sup> Esto hace que el trabajo no ofrezca para los jóvenes una herramienta suficiente para la emancipación definitiva de la órbita paterna y, en virtud de la inestabilidad económica en que se despliega, no es improbable que arroje a los jóvenes más débiles a nuevos períodos de desempleo con una frecuencia mayor que la que se observa entre los adultos, hecho que termina por truncar sus proyectos de independencia económica y habitacional.

Un tercer factor que afecta el proceso de salida de los jóvenes hacia la vida adulta es el de la vivienda propia, sea esta adquirida o alquilada. Este es un tema de enorme dificultad especialmente para una población que no consigue empleos estables o con remuneraciones altas. La remuneración baja bloquea toda posibilidad de adquisición y acceso al crédito, dadas las tasas que se manejan en el mercado, incluso entre los bancos estatales. La precariedad, por otro lado, aunque las remuneraciones puedan ser altas y suficientes, hacen cuesta arriba la obtención de crédito hipotecario ya que es importante, aunque no excluyente, tener un empleo formal. Esto afecta también el mercado de los alquileres: es más probable que un empleo formal le brinde garantías al propietario que un empleo informal.

En este sentido, el acceso a la vivienda es un asunto complicado para los jóvenes que no han estabilizado suficientemente sus carreras laborales. Esto sucede en

un contexto en el que las viviendas son cada vez más caras, con lo cual, si tenemos en cuenta el horizonte de dificultad económica que mencionábamos recién, el acceso a la misma y la posibilidad de construir un espacio propio se hace más improbable.<sup>[10]</sup>

Esto se relaciona indirectamente con la llamada “nebulosa afectiva”, una realidad palpable entre los jóvenes que se encuentran en esta edad.<sup>[11]</sup> Nos hemos referido a este término para describir la condición afectiva inestable que atraviesan los vínculos que establecen los jóvenes. Es un hecho que deriva de un modo de convivencia que se ha llamado técnicamente “cohabitación juvenil”, y que consiste en la convivencia informal entre jóvenes, con proyectos comunes aunque centrados en el corto y mediano plazo, una suerte de noviazgo con cohabitación parcial que es muy común entre los jóvenes de clase media. Así, una chica puede vivir con un chico con el que comparte algunos gastos aunque no constituyen una pareja formalizada, ni siquiera estable en lo que hace a la conformación de un hogar. Esa chica o ese chico pueden a su vez vivir con sus padres y pasar algunas noches en sus casas.

Aunque no hay datos precisos sobre este fenómeno, podemos decir que crece en las grandes ciudades y que lleva a ensayos previos a la estabilización de una familia. El resultado es que esas familias se forman más tarde cuando, por ejemplo, alguien tuvo dos de estas experiencias en su vida. En consecuencia, la edad de formación de familias se alarga, los primeros hijos vienen más tarde y el número tiende a ser menor.

Se trata, en suma, de un conjunto de procesos que afecta fundamentalmente a los jóvenes de las clases medias y altas vinculados con la educación superior, que viven en las grandes ciudades y que adquieren estos patrones de vida en contextos socioeconómicos precisos, en los que si bien gozan de importantes beneficios, tienen también dificultades que condicionan la salida del hogar de sus padres, su maduración económica y social y, en virtud de ello, su acceso a la adultez, un proceso que en nuestros



días se produce a edades cada vez más avanzadas y que constituyen un verdadero síntoma de nuestro tiempo.

4. Esta emergencia de los jóvenes adultos se vincula finalmente con otro fenómeno importante de las sociedades actuales: el proceso de juvenalización. Este proceso consiste en la negativa, más o menos conciente según los casos, a asumir el carácter cerrado que presenta la vida adulta para la mayoría de la población que se aproxima o ya se encuentra definitivamente en esa edad. La llamada juvenalización de la sociedad se asocia fuertemente con ese lugar vacante del adulto, llamado a desarrollar otro tipo de rol y de estilo de acción, más vinculado con una estética y una experiencia juvenil: abierta, en cambio, provisoria, en proceso de construcción.

El proceso de juvenalización tiene fuertes raíces en la negativa a aceptar el envejecimiento como un destino natural del paso del tiempo. En buena medida, la juvenalización se manifiesta en el terreno estético, en la forma de la presentación de la persona ante la mirada de los otros, en el ejercicio de un conjunto de acciones correctivas que tienen por objetivo mostrar un cuerpo de apariencia juvenil, acompañado de una actitud vital y dinámica. La juvenalización se percibe en principio en el campo de las apariencias, donde especialmente las mujeres, pero con el tiempo también los varones, cuidan la piel de las arrugas y las manchas que se producen con la edad, preservan el cabello de su decoloración o debilitamiento, blanquean y corrigen los dientes, tonifican el cuerpo con deportes, gimnasias diversas y otras rutinas de trabajo físico de menor impacto. Los adultos comienzan a luchar contra el deterioro de la imagen producido por los años.

Pero la juvenalización no se centra exclusivamente en el cuerpo y la imagen, sino que también implica un estilo de vida cambiante e innovador por el cual muchos adultos contemporáneos, especialmente en los sectores medios urbanos, procuran hacer nuevos proyectos allí donde los adultos del pasado tendrían a aceptar sus circunstancias presentes como si fueran inmodificables. Los adultos

actuales cambian de pareja con más frecuencia, buscan segundas oportunidades en el terreno del amor, conforman nuevos hogares y hasta constituyen nuevas familias. Estas búsquedas constituyen otro síntoma de los cambios sociales que alteran los grupos de edad: se trata de un nuevo tipo de adulto, no tradicional, reciclado, con ganas de renovarse y experimentar, una opción de vida que gana adeptos.

5. Esto supone un nuevo desafío para los jóvenes pues plantea las diferencias generacionales en un terreno nuevo: los adultos que quieren ser jóvenes cambian de imagen pero no de condición, ya que tienen la certeza que les otorga la vida adulta, su seguridad y logros y experimentan y juegan con esa base, considerablemente más sólida que en los jóvenes. Los jóvenes viven la juvenalización adulta como una intromisión ya que les recorta su espacio legítimo de expresión, pero no les cambia su situación de encontrarse “en la encrucijada”, esto es, en la constante decisión de un futuro con amplios márgenes de incertidumbre.

En ese contexto, los jóvenes adultos de las clases medias y altas son privilegiados, pues tienen más tiempo para experimentar, jugar, evaluar y cambiar de opción sin que el tiempo o la escasez de recursos los afecten en demasía. Pueden seguir probando y apostando a la solidez de un futuro prometedor, mientras en otras clases sociales la urgencia domina y obliga, aún a disgusto, a tomar compromisos y madurar sin la necesaria experiencia previa acumulada. Los jóvenes adultos de los sectores medios y altos extienden su juventud, y aunque tengan dificultades y convivan con la incertidumbre, se encuentran abiertos a la experimentación por más tiempo, situación que define este nuevo estilo de vida juvenil dentro del amplio y desigual abanico de posibilidades que la sociedad actual ofrece a sus generaciones en transición.

#### Referencias

[\*-\*] consultar en [www.uba.ar/encrucijadas](http://www.uba.ar/encrucijadas)

